

LOS GANSOS DE LAS NIEVES

WILLIAM FIENNES

TRADUCCIÓN DE CARMEN TORRES Y LAURA NARANJO



errata naturae

Para mi madre y mi padre

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *The Snow Geese*

© William Fiennes, 2002

© de la traducción, Carmen Torres y Laura Naranjo

© Errata naturae editores, 2017

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-52-3

DEPÓSITO LEGAL: M-20098-2017

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Kuttelvaserova Stuchelova / Shutterstock

MAQUETACIÓN: A. S.

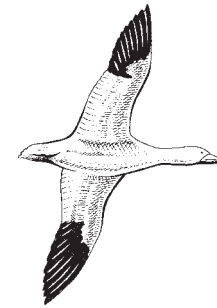
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



1
LA GANSA BLANCA



No teníamos ni idea de que el hotel iba a convertirse en la sede de un torneo de golf profesional femenino. Cada mañana, antes del desayuno, las jugadoras se reunían en los *tees* de prácticas para mejorar su *swing*. Vestían camisas de polo de colores vivos, pantalones cortos de tartán y de guinga holgados, calcetines blancos y pulcros zapatos de clavos que repiqueteaban en los senderos pavimentados del club de campo. Llevaban el pelo recogido en moños que asomaban por la abertura trasera de sus gorras de béisbol; sus pantorrillas, brillantes y bronceadas, parecían tencas recién pescadas y adosadas a la parte posterior de sus espinillas. Los *caddies* permanecían junto a las pesadas bolsas de piel en el borde del *tee* de salida y las mujeres sacaban palos de las bolsas con la indiferencia de un arquero. Pronto, las limpias pelotas de golf salieron

disparadas de los *tees* y sobrevolaron las señales que marcaban cada uno de los cincuenta metros del *fairway*.

Además del campo de golf, una piscina climatizada y dos pistas de tenis, los clientes del hotel tenían a su disposición una biblioteca con paredes color melocotón y alumbrada por lámparas de pie. Los antimacasares blancos daban una recargada distinción al sofá rojo sangre y a los sillones a juego. Entre las librerías, en un sencillo marco de madera bañado en oro, una litografía en color mostraba un puente en suspensión, encordado como un arpa, con firmes pilotes arqueados y altas torres de apoyo que elevaban la curva de los cables principales. Unos libros repujados y encuadernados en cuero marrón y verde ocupaban las estanterías junto a volúmenes más modestos encuadernados en tela, cuyos lomos se habían descolorido allá donde les había dado la luz. Los libros no estaban destinados a la lectura. Su propósito era recrear la atmósfera de una casa de campo de la época del imperio. Lo que el decorador pretendía transmitir era: «Éste es un lugar al que los caballeros pueden retirarse a fumar».

Los estantes contenían títulos arcanos en extrañas conjunciones: un diccionario inglés-birmano al lado de una serie de las memorias del duque de Sully; *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales* de Gregorio Marañón junto al *Wagner como yo lo conocí* de Praeger; el *Del espacio al átomo* de Carl Størmer entre las *Matemáticas superiores para estudiantes de Química* de J. R. Partington y el segundo volumen de la *Historia de la caballería* de Charles Mills. Un anaquel estaba dedicado por completo a las ediciones

de la *Dublin Review* desde 1860 y contenía ensayos como «El padre Hummelauer y el Hexateuco», «Canales marítimos», «Los benedictinos en Australia Occidental» y «El Shakespeare economista».

Una mañana, después de contemplar a las golfistas en los *tees* de prácticas, encontré un libro que me resultaba familiar, un volumen fino y de color beis casi invisible entre los tomos antiguos. Cuando saqué *La gansa blanca* de la estantería, los libros que lo flanqueaban se inclinaron como dos manos en actitud de rezo. Me puse cómodo en un sillón y empecé a leer, recordando cómo había oído aquella historia por primera vez, con diez u once años, en un aula con ventanas altas, sentado en un antiguo pupitre inclinado con una ranura a todo lo largo de la parte superior para los bolígrafos y los lápices, e iniciales y extraños glifos grabados en la madera. Nuestro profesor, el señor Faulkner, era un hombre alto con poco pelo, mejillas planas y rojas y unos dientes orientados en ángulos extraños. Llevaba pañuelos de seda estampados anudados al cuello y rebecas zurcidas con lanas de otros colores, y se dejaba puestas las gafas de sol dentro de clase por verdaderas razones optométricas. Se acercaba la hora de su jubilación y le gustaba terminar cada trimestre con una historia. Una de las que nos leyó fue *La gansa blanca* de Paul Gallico.

Sentí en la nuca la almidonada y afiligranada marca del antimacasar. La biblioteca no tenía ventanas. El personal del hotel, que llevaba chapas llamativas con sus nombres, pasaba a toda prisa por delante de la puerta abierta. Dejé de fijarme en ellos. Me imaginé la marisma de Essex, un

faro abandonado en la desembocadura de un río y un jorobado de barba oscura llamado Rhayader, un pintor de paisajes y de la vida salvaje cuyo brazo izquierdo «delgado y curvado llegaba hasta la muñeca, como la garra de un pájaro». Habían pasado quince años desde que escuché al señor Faulkner leer esa historia, pero sus imágenes volvieron a mí de inmediato: el santuario de aves de Rhayader; el retorno en octubre de los ánsares piquicortos y de las barnaclas cariblanas de sus criaderos del norte; Frith, la joven «nerviosa y tímida como un pájaro» que le lleva a Rhayader una gansa herida, blanca con las puntas de las alas negras, una gansa nival que una tormenta había desplazado por el Atlántico cuando volaba hacia el sur para escapar del invierno ártico.

Rhayader cuida a la gansa blanca. El tiempo pasa. La gansa va y viene con los ánsares piquicortos y las barnaclas cariblanas. Frith va perdiéndole poco a poco el miedo al jorobado; Rhayader se enamora de ella, pero se avergüenza demasiado de su aspecto para confesárselo. En 1940, los pájaros, asustados por los aviones y las explosiones, migran antes de tiempo hacia el norte, pero la gansa blanca se queda en el faro. Frith se encuentra a Rhayader cargando suministros en su barco de vela de cuatro metros de eslora, pues se prepara para unirse a la flota de embarcaciones civiles que cruzarán el Canal para rescatar a las tropas aliadas en Dunkerque.

Mucho más tarde, en un pub londinense, un soldado recuerda detalles de aquella retirada: una gansa blanca los sobrevolaba en círculos mientras las tropas esperaban en

la arena; un pequeño bote emergía del humo, tripulado por un jorobado con una mano tullida; la gansa no dejaba de volar en círculos mientras el jorobado sacaba a todos los hombres que podía de la playa y los llevaba a barcos más grandes. El soldado compara a la gansa con el ángel de la misericordia. No tiene ni idea de lo que le ocurrió al jorobado o al pájaro blanco, pero un capitán de fragata jubilado recuerda haber visto un pequeño bote abandonado a la deriva entre Dunkerque y La Panne en cuyo interior yacía un hombre muerto, ametrallado, y a una gansa montando guardia encima del cadáver. El bote se hundió, llevándose con él al hombre.

Frith se había quedado esperando a Rhayader en el faro, pero él nunca volvió. La gansa blanca regresó volando desde el mar, trazó unos cuantos círculos, ganó altura y desapareció. Un piloto alemán confundió el faro con un objetivo militar y voló la colección de cuadros de Rhayader para siempre.

Cerré *La gansa blanca*, lo coloqué de nuevo en la estantería y salí de la biblioteca en dirección a los *fairways*, pero el propio torneo parecía deslucido tras el espectáculo de la mañana en los *tees* de prácticas: los moños de mechales rubias; el ritmo fácil de los *swings*; el acabado perfecto del *green*. Cada uno de los *caddies* atendía a su señora con una devoción propia de los cortesanos medievales: si ella se quejaba de la cara sucia de un palo o de unas manos sudorosas, él daba un paso al frente y le ofrecía una toalla blanca y limpia. A veces las mujeres golpeaban al mismo tiempo y se veían dos o tres bolas surcando el aire a la par,

adyacentes, petrificadas por encima de los árboles antes de iniciar el descenso hacia la bandera como por mutuo acuerdo.

Cuando tenía veinticinco años caí enfermo. Me había graduado y estaba preparando un doctorado. Ingresé en el hospital para someterme a una operación dos días antes de Navidad. El cirujano hacía sus rondas disfrazado de Papá Noel mientras una banda de música recorría las salas tocando los villancicos que les pedían. Entre los cánticos se oían los pitidos de los monitores cardíacos y el *plic plic* de los goteros. Estaba deseando volver a casa. Oí que un médico le daba el alta a otra paciente: parecía que le estaba concediendo un estado de gracia. Unos días más tarde, mis padres me recogieron, me llevaron a casa por la noche y dormí en un cuartito pegado a su dormitorio, una habitación que mi padre había convertido en vestidor, pero que había sido mi dormitorio cuando era pequeño. Aquella noche soñé que esquiaba. Esquiaba por una pendiente despejada bajo el cielo azul, sin límites en la anchura o la extensión de la pista, disfrutando de una sensación de infinitud, de auténtica libertad. Entonces la nieve desaparecía y una mujer que nunca había visto me guiaba de la mano por un campo y me decía: «¿Vamos a Trieste? ¡Debemos ir a Trieste!». La ventana estaba entornada y una fría corriente de diciembre se colaba hasta mi cabeza; me desperté temprano con la convicción de que la tenía metida en hielo. Mi madre me la envolvió en una

manta doblada: me sentí como un niño al que hubieran descubierto en estado salvaje y al que atendieran unos esquimales.

Esperaba poder volver al trabajo al cabo de dos o tres semanas, pero hubo complicaciones. Me ingresaron de nuevo en el hospital otros diez días y luego mis padres volvieron a recogerme y me llevaron a casa otra vez. Dormí en el cuartito. Olía a la ropa de mi padre. La cama era diminuta: la camita de un niño. Dormía en diagonal, de esquina a esquina, atravesado en la combadura del colchón de crin de caballo sin muelles y, cuando despertaba, lo primero que veía era la acuarela del monte Everest de mi bisabuela, con un biplano volando hacia la montaña y la palabra EVEREST estampada en relieve con letras mayúsculas negras en el paspartú de cartón. El cuadro estaba colgado encima de una mesa que siempre me había gustado. Tenía un compartimento secreto, un ala se le doblaba cuando menos te lo esperabas, disponía incluso de un chisme para disimular el pestillo y siempre contenía las mismas cosas: una vieja Biblia, pares de gemelos en un nido de pañuelos de papel, un cepillo de la ropa con forma de bate de críquet y el mango enrollado con cordel negro encerado.

Hubo más complicaciones: ingresé en el hospital por tercera vez en esos tres meses y me sometí a una segunda operación. Y luego necesité una larga convalecencia... al menos unos cuantos meses para descansar, para que las cosas se asentaran, para recuperar las fuerzas. Perdí toda esperanza de cumplir con la universidad aquel año y el

único sitio en el que deseaba estar era en casa. Mis padres se habían mudado a aquella casa unos meses antes de que yo naciera. Había sido el centro de mi vida, el punto fijo. Y ahora que todo se había vuelto caótico, turbulento y aterrador, ahora que había sentido temblar el suelo bajo mis pies y ya no confiaba en que mi propio cuerpo me llevara alegremente de un día a otro, contaba al menos con el consuelo de lo familiar. La casa era mi refugio, mi lugar seguro. La enfermedad y sus tratamientos eran extraños e impredecibles; la casa era lo único que conocía y comprendía.

Una casa medieval construida con siderosa en medio de Inglaterra, a kilómetros de distancia del pueblo más cercano. La piedra se desmoronaba en algunos sitios, estaba cubierta de líquenes y era capaz de reflejar múltiples colores: ocres ferrosos, grises cenicientos y naranjas amarillentos iluminados por el sol; tenía parteluces de piedra más claros en las ventanas y un tejado de pizarra que se hundía y se combaba como una franja de agua de gablete a gablete. Había un bosque de castaños, sicomoros y tilos a tiro de piedra al este y un riachuelo, el Sor Brook, que discurría entre los árboles hasta una catarata, una caída de dos o tres metros con una esclusa al lado y la huella de mis manos conservada en el parche de cemento de una reparación. Los grajos habían colonizado los castaños, los sicomoros y los tilos y, cuando los árboles estaban desnudos, se veían los cuencos de paja de sus nidos asentados en las horquetas y sus siluetas negras posadas en las alturas trompeteando como fagots. La alta aguja de una iglesia

apuñalaba el cielo en el norte, la tierra de labranza se perdía en una suave pendiente hacia el sur y el oeste y cada uno de estos aspectos —el bosque, la tierra de labranza, la forma de la aguja de la iglesia, los sonidos de los grajos y del arroyo— suponía para mí una fuente de consuelo. Esas cosas llevaban allí desde que tenía uso de razón y aquella constancia significaba que se podía confiar en el mundo.

Esperé a que mi estado mejorase. No tenía paciencia. El miedo dejó de atenazarme con el paso de las semanas, pero caí en una depresión. En el hospital había ansiado volver al entorno que mejor conocía, porque era algo que me aportaba seguridad; porque lo familiar —lo *conocido*— ofrecía una promesa de refugio de todo lo que era confuso, ajeno y nuevo. Sin embargo, después de un tiempo, la naturaleza de lo familiar empezó a cambiar. La casa, y el pasado que contenía, se asemejaba más a una cárcel que a un refugio. Tal y como yo lo veía, mis amigos continuaban con sus vidas, con sus anhelos y sus energías intactos, mientras que a mí me retenían contra mi voluntad, castigado por un delito que ignoraba por completo. El alivio inicial de saber que la situación más crítica había pasado se fue convirtiendo lentamente en rabia y, aunque la amabilidad de los que me rodeaban apaciguó mis frustraciones, no las resolvió, porque nadie, por muy cariñoso que fuera, podía darme lo que más anhelaba en el mundo: mi antiguo yo.

Las hojas escondían los nidos en la copa de los árboles. Las golondrinas volvían en abril, seguidas de los vencejos en mayo. Después de la cena nos sentábamos fuera, en

la parte trasera de la casa, y observábamos a los vencejos arremolinarse sobre nuestras cabezas en sus vuelos de vísperas: partidas chillonas echando carreras a media luz. Los grajos hacían salidas de abastecimiento desde el bosque a los campos. Se oía el fluir del Sor Brook por la cascada entre los árboles, como el murmullo de unos feligreses que dijeran: «Ofensas, ofensas, perdona nuestras ofensas». Pero aquel sonido ya no me aportaba consuelo. Era incapaz de relajarme en la imposición de aquel confinamiento. Sentía no sólo la pérdida de mi fuerza sino de mi capacidad de disfrutar de la vida. Trataba de concentrarme en los vencejos, de fijar mi atención en algo que no fueran mis propias ansiedades. Sabía que generación tras generación volvían a sus lugares de anidamiento preferidos y que probablemente se trataba de los mismos pájaros que había visto el año anterior, descendientes de los vencejos que habían anidado en los aleros de la casa cuando mis padres se mudaron; descendientes, también, de los vencejos que mi padre había visto de niño, cuando visitaba a sus abuelos en la misma casa.

Mi madre me sugirió un cambio de aires y fuimos en coche hasta un hotel cercano a la frontera con Gales. No teníamos ni idea de que allí se celebraría un torneo de golf profesional femenino. Cada mañana, antes del desayuno, bajaba dando un paseo a los *tees* de prácticas para contemplar a las mujeres practicar su *swing*. Encontré *La gansa blanca* y lo leí de un tirón, recordando al señor Faulkner, las ventanas altas del aula y los pupitres con muescas. Reclababa del sentimentalismo de la historia, de su pátina de

alegoría religiosa y de la fácil pomposidad de sus nombres abstractos, y por supuesto me reía de los intentos de Gallico por plasmar fonéticamente (cual canto de pájaro) el acento del East End de los soldados en el pub y la dicción de clase alta de los oficiales. Pero había algo en la historia que me atrapaba.

A mi padre le encantaban los pájaros. Había colgado un comedero en la parte trasera de la casa: un tubo largo y fino de malla metálica verde, repleto de cacahuetes hsuji de primera calidad. Se veía por el ventanal que daba a la pequeña terraza pavimentada y, si te quedabas quieto, podías observar cómo los carboneros garrapinos, los carboneros comunes, los herrerillos y a veces los trepadores saqueaban el almacén de frutos secos (a los trepadores se les distinguía con toda facilidad por el lomo gris azulado y por el modo en que se agarraban, bocabajo y con las colas hacia arriba, a la malla verde). De niño nunca les había prestado demasiada atención. La costumbre que tenían los cochines de levantar la cola no se acercaba ni de lejos al atractivo que representaban el deporte, la música pop o la televisión. No quería escuchar a mi padre cuando me señalaba las lavanderas que correteaban por el césped, los pinzones posados en el caballete del tejado o el modo en que un pájaro carpintero verde volaba a empellones, plegando las alas y perdiendo altura entre aleteos, de manera que lo que divisabas era una ondulación, como si alguien hilvanase un dobladillo, y sabías el

nombre del pájaro antes de que hubieses distinguido el color de su plumaje.

Pero cuando volvimos del hotel, quise aprender sobre las aves. No podía quitarme *La gansa blanca* de la cabeza. Vagaba por el jardín equipado con los prismáticos de bolsillo Zeiss de mi padre y una sencilla guía de campo para principiantes en busca de pájaros e intentaba aprenderme sus nombres. A veces le describía un pájaro a mi padre y él me decía cuál era: un jilguero, una curruca capirotada, un escribano cerillo... Debió de ser toda una sorpresa para mis padres verme dar aquellas muestras de entusiasmo: llevaba meses taciturno, abatido, encerrado en mí mismo, atrapado en mis propios miedos y resentido porque mi vida se hubiera visto interrumpida de forma tan violenta. En el hospital, ansiaba volver a casa. Pero, a finales de mayo, estaba harto de ella, inquieto; tenía hambre de nuevas experiencias, de nuevos horizontes. Cuando leí las descripciones que Gallico hacía del vuelo de los gansos, me pregunté qué misteriosas señales le decían a un pájaro que era hora de irse, hora de volar.

Comencé a compartir aquellas ansias de marcharme. Me encontraba más fuerte. De repente tenía la fuerza necesaria para ser curioso. Por el modo en que prestaba atención, como nunca había hecho de niño, a las golondrinas, los vencejos, los grajos, las lavanderas, los pinzones, las curruacas, los tordos y los pájaros carpinteros que rondaban la casa (mi padre siempre estaba listo con un nombre, una costumbre, un dicho popular), era

como si tratara de redimirme por haberles hecho siempre caso omiso. Los que más me gustaban eran los vencejos. Nunca los había observado con tanta atención. Mi padre decía que, cuando se marchaban de casa a principios de agosto, muchos de ellos no llegaban a posarse en ningún sitio ni tomaban tierra hasta que regresaban para anidar el mayo siguiente: bebían mientras volaban, se alimentaban mientras volaban e incluso dormían mientras volaban. Pensé en la gansa blanca de Gallico, que volaba hacia el sur desde el Ártico cada otoño, y en los ánsares piquicortos y en las barnaclas cariblanca que iban y venían entre el refugio de Rhayader y sus criaderos del norte. ¿Por qué emprendían las aves semejantes viajes? ¿Cómo sabían cuándo debían partir o hacia dónde? ¿Cómo encontraban los vencejos año tras año el camino desde Malawi hasta aquella casa, la casa de mi infancia?

Algo me entusiasmaba por primera vez desde que había caído enfermo y necesitaba un proyecto, convertirlo en una vía de escape. Subí libros sobre la migración de las aves a una habitación en la buhardilla de la casa, un auténtico cuchitril embutido bajo el tejado, con el techo tiznado de rayas y anillos de hollín, como si el humo de las velas hubiera trazado runas en el yeso agrietado: una habitación a la que llamábamos «la aguilera», porque daba la sensación de altura y recogimiento de un nido de águilas. El patrón de campos que veía a través de la pequeña ventana geminada me resultaba de lo más familiar y sabía cómo llamaban a cada uno de ellos: Lower Quarters, Danvers

Meadow, Morby's Close, Allowance Ground. A veces, los vencejos chillaban al pasar por la ventana cuando yo estaba sentado en la aguilera estudiando ornitología.

Estamos inclinados. Eso era lo primero que había que entender. El eje de rotación de la Tierra no es perpendicular al plano de su órbita alrededor del Sol. Tiene una inclinación de veintitrés grados y medio. Esta inclinación significa que los hemisferios norte y sur están orientados hacia el Sol durante parte del año y apartados de éste durante la otra parte. Tenemos estaciones. El clima se vuelve amable y hostil en secuencias regulares. Los suministros de comida menguan en un sitio y medran en otro. Todas las criaturas deben adaptarse a estos ciclos si quieren sobrevivir. La migración es un modo de hacer frente a esta inclinación.

La reinita encapuchada, que pesa unos diez gramos, vuela más de mil kilómetros sin parar para atravesar el golfo de México, y lo mismo hace el colibrí gorgirrubí, de menos de diez centímetros de largo y que bate las alas de veinticinco a cincuenta veces por segundo. El cerneícalo patirrojo vuela de Siberia al este de Europa cruzando el mar Negro, el Caspio y el Mediterráneo de camino a las sabanas del sureste de África; la grulla damisela sobrevuela la cordillera del Himalaya en dirección a sus zonas de invernada; la pardela de Tasmania vuela del mar de Bering a las colonias de cría del sur de Australia y llega cada año en el transcurso de la misma semana; la fornida ave zancuda de patas cortas llamada chorlo rojizo vuela todo

el trayecto que separa la isla de Baffin de Tierra del Fuego, un viaje anual de ida y vuelta de casi treinta y cinco mil kilómetros. El charrán ártico, que vuela desde el Ártico hasta la Antártida y viceversa, puede viajar cuarenta mil kilómetros al año, una distancia que equivale aproximadamente a la circunferencia de la Tierra.

Seiscientos mil ánsares nivales o gansos blancos mayores crían en las islas nororientales del Ártico canadiense y migran al sur cada otoño, sobrevolando Quebec y Nueva Inglaterra con destino a sus cuarteles de invierno situados a lo largo de la costa atlántica, desde Nueva Jersey hasta Carolina del Norte. Pero a éstos los supera con creces el ánsar nival menor, el *Chen caerulescens caerulescens*, seguramente el ganso con mayor población del mundo. El ánsar nival menor presenta dos fases distintas de coloración. Los ejemplares de la «fase blanca» poseen un plumaje blanco con remeras negras; los de la «fase azul», plumas de varios tonos de marrón, gris y plateado mezcladas con las blancas, lo que les confiere la impresión general de un azul pizarroso o metálico. Los azules y los blancos se aparean y crían juntos; descansan y migran en bandadas mixtas. Ambos tienen el pico rosa anaranjado, más estrecho que el pico negro de las barnaclas canadienses, con bordes duros y dentados para desgarrar las raíces de las plantas de los marjales. Una visible mancha romboidal negra a lo largo de los laterales del pico les confiere una expresión sonriente o maliciosa.

Seis millones de nivales menores crían por todo el Ártico, desde la isla de Wrangel cerca de la costa de Siberia

en el oeste hasta la bahía de Hudson, la isla de Southampton y la isla de Baffin en el este y, a finales de verano, migran a las zonas de invernada en el sur de Estados Unidos y el norte de México. Son viajes agotadores y peligrosos de tres o incluso cinco mil kilómetros, pero las ventajas de la migración compensan los riesgos. En las altas latitudes del Ártico, los gansos blancos encuentran extensos hábitats donde anidar, relativamente pocos predadores, abundancia de comida durante los veranos cortos e intensos y veinticuatro horas de luz al día para alimentarse. Y antes de que el invierno ártico se instale, antes de que sus suministros de comida se congelen o queden enterrados bajo la nieve, vuelan hacia el sur para explotar los recursos y las condiciones hospitalarias de sus territorios de invernada.

Mientras leía, sentado en la aguilera, seguía pensando en la historia de Gallico, en el momento en que Frith llega al faro de Rhayader con una gansa herida en los brazos, una gansa nival mayor o una menor de fase blanca, a la que una tormenta había desviado de su curso mientras volaba al sur en su grupo familiar. Busqué fotografías de ánsares nivales: la frescura invernal y como de ropa recién lavada del plumaje blanco justo después de la muda; los ojos densos y de un negro laqueado que destellaban como cuentas de porcelana; el barullo de alas cuando las bandadas levantaban el vuelo de los humedales donde descansaban... Aquellas imágenes me atraían. Me sentía aprisionado, enjaulado. Era como si divisara a todos esos pájaros a través de la alta ventana con barrotes de una celda. Día tras día, mi inquietud se intensificaba.